

Alfonso Bulnes

Visión de Ercilla

Cuando Ercilla, en los últimos años del siglo XVI, ponía punto final a *La Araucana* con aquellas doce estrofas en que lamenta la esterilidad de sus correrías, el desfavor en que ha caído y el hallarse, «al cabo de tan larga y gran jornada, lejos del fin y puerto deseado», no pensó talvez que otra epopeya más grande que la suya, de la cual la suya había sido un reflejo fragmentario, estaba culminada ya y tocaba también su fin. Juntos concluían *La Araucana*, don Alonso de Ercilla, el siglo XVI y la España Imperial, y juntos también declinaban las grandes empresas europeas del Descubrimiento y la Conquista, el movimiento cultural del Renacimiento, las luchas por la autenticidad del espíritu religioso, que implantaron la Reforma, y todo el complejo de ideas, de nociones, de costumbres y de hechos heroicos con que el mundo emergió del misterio de la Edad Media a la luz racionalista de la Edad Moderna.

Marcaba Ercilla con ceniza de desilusión y de arrepentimiento su frente de cortesano aventurero, en esa limitada perspectiva con que los días del hombre se le ofrecen en el balance final. Siempre pára en eso toda reflexión; siempre el hecho fué menos rico que el intento.

Y Ercilla estaba, por lo demás, preparado para esa elegía. Ya en el canto II de su poema, largos años antes, meditaba que «¿del bien perdido al cabo qué nos queda, sino pena, dolor y pesadumbre?» Y en el canto XIII recuerda a los

Araucanos victoriosos que «la usada vuelta de fortuna» es «en el mal firme y en el bien mudable».

Yo os invito, señores, a colocarnos un momento, en este día de celebraciones máximas, en una perspectiva menos precaria y más dominadora que la de una efímera vida humana, en esa perspectiva que el transcurso de cuatro siglos nos brinda a nosotros los hijos agradecidos de la España del siglo XVI.

El hombre que va en el movimiento no puede discernir el sentido total de los cambios ni la velocidad de su época. No podía un poeta soldado darse cuenta de la belleza extraordinaria de su vida, amarrada a esa enorme cabalgata ascendente de la humanidad de su siglo.

Todos los límites se ensanchaban a impulso de la avalancha creadora. Cien años hacía apenas que las pequeñas barcas recelosas caleteaban en las costas de la península ibérica sin atreverse a perder de la vista los tutelares farellones; más allá del oleaje que azotaba la costa, se extendía lo desconocido, el Océano que ceñía la Tierra y que, para los que no seguían la antiquísima concepción de Tolomeo de la esfericidad del mundo, llegaba a los confines donde se alzaban las murallas y los cuatro pilares sustentadores del cielo.

Cien años apenas habían corrido, y el esfuerzo místico de aquel creador de navegantes, el Infante portugués don Enrique, erguido frente al mar, como un coloso de piedra, en su escuela del peñón de Sagres, fué abriendo en el Atlántico las vías descubridoras. Las Azores primero, la costa occidental del Africa en seguida, el cabo de Buena Esperanza y la Costa Oriental después.

Y más tarde, tras de Vasco de Gama, Colón; tras de Colón, Magallanes. El genio latino cerraba con él la epopeya de la geografía.

En un mundo así dilatado y mostrado a los hombres en su contorno real, tibios aun los despojos de quienes barrieron las brumas del viejo misterio, abría los ojos a la vida don Alonso de Ercilla.

* * *

No era la de la geografía la única epopeya que alentaba en ese instante. Más allá de la investigación de la tierra, que-

daba la del cielo. A un tiempo con Vasco de Gama y con Colón, sin salir de su austero gabinete, Copérnico exploraba los espacios siderales y las pasadas concepciones astronómicas, y por encima de la Edad Media y de los primeros siglos cristianos, tendió un puente cuya otra extremidad sustentaba, en Alejandría, Tolomeo. No, no era la Tierra el centro del Universo; no era la Palestina el centro de la tierra; no era ésta un disco flotante en el vacío, sobre el cual las estrellas colgaban de sus largas cadenas, dejando pasar por entre ellas cada día, de un borde al otro, al Sol. La tierra era un astro secundario.

Faltaba la comprobación de lo que el sabio elucubraba, y ésta no tardó en darla el anteojo de Galileo. El rayo visual de Ercilla, niño aún, pudo muy bien cruzarse en la noche estrellada con el de Copérnico ya anciano, y las últimas miradas de Ercilla viejo pudieron también encontrarse en el cielo con las primeras miradas de Galileo.

¡Tremendos privilegios del poeta que cerraba sus cantos lamentando su sino!

* * *

Y así también como en las ciencias, era de enorme el vuelo de las artes.

Al pasar por Italia, en aquellos sus primeros viajes de paje cortesano, seguramente oyó Ercilla hablar de un anciano prodigioso, bello como un perfecto mármol griego, sabio en todos los dominios de la ciencia, precursor por sus visiones de cuanto en métodos de investigación y en conocimientos positivos irían las generaciones futuras descubriendo con trabajoso esfuerzo; el hombre cuyos estudios reunidos constituyen la enciclopedia de su tiempo había también trazado las más elegantes líneas del dibujo florentino; en ese hombre, la sociedad de Florencia, gala de la historia, veía la máxima expresión del refinamiento. Cuando Ercilla viajaba por Italia, Leonardo de Vinci acababa de morir.

Y seguramente oyó también hablar Ercilla de otro hombre áspero que en esos momentos trabajaba en Florencia y en Roma con acometividad genial. Había alcanzado a rivalizar en concursos artísticos con Leonardo. Muy poco hacía que Miguel Angel dejaba terminada en los muros de la Capilla Sixtina la epopeya más grandiosa que haya brotado alguna vez del pincel humano; era el fresco del Juicio Final una nue-

va Divina Comedia, era un nuevo Apocalipsis en que quedó estampada la visión moral y religiosa del mundo cristiano, con el pesimismo trágico de un hombre que veía a su patria y a la Roma papal desgarradas. Y ahora, a la distancia, desde todos los confines de Europa, los contemporáneos de Ercilla podían ver a Miguel Angel, trepado sobre los techos de la catedral vaticana, elevar día a día la cúpula que, como una corona triunfal de la época, asentaba sobre San Pedro.

Y no necesitaba salir de España don Alonso de Ercilla para encontrar un genio artístico renovador. A principios del siglo XIX, ingresó a la colección imperial de Rusia un pequeño retrato al óleo; se atribuía al Greco, y se decía que era la figura de Ercilla la del poeta que en él aparece coronado. Ambas atribuciones, la del autor y la del modelo, siguen siendo un problema para la alta crítica; pero nada se opone a que la fama de que entonces gozaba el poeta de *La Araucana* tentase al formidable y extraño pintor de hidalgos a agregar otra gorguera a su ya rica colección de imágenes.

Bien pudo Ercilla trabar en Toledo amistad con el hombre que, llegado de Grecia y cargado, al pasar por Italia, con la visión de colores de los sensuales pintores de Venecia, quemó en la austeridad de España su sensualismo y no dejó en su paleta más que los blancos y los negros en que contrastó sus espiritualizadas figuras en evasión.

* * *

¿Qué más, señores, como panorama espiritual para el más ambicioso de los hijos de Dios? Era aquella la Navidad del individualismo.

Como ha dicho un historiador francés en páginas recientes, «el período que va desde el primer viaje de Colón (1492) y de las primeras guerras de Italia (1494) a la paz de Cateau-Cambrésis (1559) hasta el comienzo de las guerras religiosas (1560) no solamente está lleno de sucesos dramáticos. El abre, por decirlo así, un capítulo nuevo de la historia universal. Cualquier sentido que se atribuya a esta expresión: la Edad Media, habrá que decir que ella concluyó con los últimos años del siglo XV.

«Concluída, del modo como concluyen las cosas en la historia. Es decir, que en la vida, en el pensamiento, en las ma-

neras de ser y de obrar de los hombres del siglo XVI, subsisten todavía muchos rasgos de la edad anterior...

«No hay, en la trama de la historia, esas soluciones de continuidad que a nuestro espíritu le sería cómodo introducir en ella. Sin embargo, las fuerzas nuevas, y arriesguemos el vocablo: «revolucionarias», arrastran decididamente entonces con las fuerzas de conservación». (1)

* * *

El mayor entrevero de las fuerzas revolucionarias con las fuerzas de conservación, la contienda final del individualismo naciente con los depositarios de la autoridad colectiva, se trabaron en el campo de la conciencia religiosa. Por dentro y por fuera sufrió el asedio Roma, y si del saqueo del Condestable de Borbón logró reponerse, nunca pudo llenar las zonas que sustrajo a su influencia la Reforma triunfante.

Por toda Europa estaban derramados, años antes, los núcleos de resistencia, pequeñas agrupaciones de espíritus inflamados por el ejemplo ascético del cristianismo primitivo, rebelión plebeya que no cogía adeptos en los círculos directivos del Vaticano. Les faltaba el apoyo superior, el de la alta cultura, y ese se lo trajo la influencia moral de Erasmo y de sus discípulos humanistas, suficientemente racionalista para debilitar los fundamentos de la sumisión, y suficientemente ortodoxa para no atraerse las condenaciones de Roma. Después de los estudios de Erasmo, la acción de Lutero. Y bajo la cúpula de Miguel Angel, corona artística de la época, no habría de cobijarse toda la grey cristiana de la Europa.

* * *

Volvamos ahora a España, señores, de donde salimos con Ercilla a mirar lo que vería en Europa en sus viajes de cortesano aventurero.

En España ardían también las llamas de la epopeya.

Ya podía decirse España cuando Ercilla nació. El genio político de los Reyes Católicos, muertos hacía poco, consiguió fundir, con larga y costosa paciencia, en un solo astro brillante la vía láctea de pequeños reinos rivales y anárquicos que

(1) Halphen et Sagnac, *Peuples et Civilisations*; vol. VII.

cubrían la península. Razas pobladoras, lenguas dominantes, familias soberanas, todos los elementos mantenían la disgregación. Y sin embargo, era una poderosa entidad geográfica la que quedaba al fallecimiento de los Reyes Católicos: Castilla, Aragón, Navarra, el Reino morisco de Granada, y afirmando en la distancia su poderío, las posesiones de Cerdeña, Sicilia y Nápoles, y más lejos, cerrando en un inmenso círculo el otro horizonte, las Indias Occidentales, nuestra América.

Muy pocos años de primogenitura llevaba esa España sobre Ercilla. Y éste abría los ojos en una España aun más grande que la de los Reyes Católicos. Regía España ahora en las tierras francesas del Artois, en el Luxemburgo, en el Franco Condado, en el Charolais, en Flandes y los Países Bajos, y el Rey don Carlos I era el Emperador Carlos V de Alemania.

Inmensa tragedia la grandeza imperial de los Austrias, para España. De los Reyes Católicos a Carlos I, la expansión nacional había quebrado las leyes del tiempo, y una vez más comprobaremos que sólo perduran las obras concebidas en duración. España la auténtica, la España geográfica, fué la víctima de esa entidad política que, bajo el gobierno de los Austrias, cubrió la denominación de España. El único pedestal sólido de don Carlos era la España; Flandes y el Imperio de Alemania se le escurrían de las manos, y hubieron de ser los súbditos españoles de los Austrias los que costearan con sus recursos y su sangre la sujeción de los fragmentos separados de la monarquía española. A la obra lenta y progresiva de los Reyes Católicos, los enlaces políticos sustituyeron la expansión desmesurada de la casa de Austria.

Tenía de barro los piés, pero era un gigante la España que vieron ante sí los ojos recién abiertos de Ercilla.

* * *

Fortún se llamaba el padre, don Fortún García de Ercilla. Era un buen presagio sobre la cuna del hijo.

Procedía de Vizcaya, que es como decir que había cogido sangre noble en las primeras y bien protegidas vertientes de la Península. Erguidos en la costa, teniendo de un lado el Mar Cantábrico y al frente las aguas tormentosas del Golfo de Gascuña, «los anchos muros del solar de Ercilla» señoreaban desde antaño las tierras en que fué agrupándose, tributario del torreón dominador, el pueblo de Bermeo. Padres

y abuelos paternos de don Alonso nacieron en Bermeo, cabeza de Vizcaya.

Tierra de montañas, ricas y cejijunta, aquella de las provincias vascongadas, sin otro ablandamiento que el pliegue de los valles estrechos que descienden al mar. Respaldeada por los altos macizos de los Pirineos, no le llegaban las tormentas del otro mar humano que se agitaba tras ellos. Formó a sus gentes ásperas, empinadas como la tierra misma, con ricos pero escasos pliegues de blandura. Las mesetas de la España central eran transpuestas incesantemente por bandos adversarios, y los reinos medioevales cambiaban de extensión, de poderío, de prosperidad, a merced de las incidencias, alternativamente favorables o desventuradas, de la contienda de los jefes reinantes. Las provincias vascongadas no sufrían otras tormentas que las del Océano, arremolinado al bifurcarse la costa vertical del continente en ese balcón horizontal de la cadena pirenaica. Y si alguna vez las contiendas humanas intentaban trasponer el baluarte natural, se agolpaban en los pasos las arrogantes poblaciones.

No cabría discutir el linaje de los Ercillas, como no cabía entonces discutir ningún linaje vizcaíno. «El muy noble y muy leal señorío de Vizcaya» no admitió nunca en sus solares afluencia de sangre plebeya ni extranjera: el extranjero no tenía acceso, el plebeyo no podía repechar desde la tierra llana hasta el recinto señorial de la villa.

Y si don Alonso nace en Madrid, y si ya cinco años antes encontramos a sus padres fuera de Vizcaya, es porque Vizcaya, por noble entroncamiento de sus señores, había pasado en feudo hereditario a la corona de Castilla. Otra tierra de hidalgos, Castilla; tierra de castillos, que atalayaban los horizontes peligrosos; tantos la cubrían, que le dieron el nombre.

* * *

Y encontramos en la corte a los Ercillas, y en el Consejo Real, la más alta corporación administrativa, a don Fortún. Era ese un sitio que permitía al jurisconsulto alternar con frecuencia con la persona misma del Rey y Emperador.

La suerte venía así cubriendo a don Alonso. Porque ya la era de las grandes reformas sociales iniciadas por los Reyes Católicos había mudado los privilegios de la nobleza te-

rritorial. No sólo por aquello de haber pasado el gobierno de Vizcaya de manos de sus señores locales a la corona de Castilla era una ventaja de las familias nobles vizcaínas el tener acceso a la corte; lo era también porque todos los señores desparramados en las tierras de España habían visto cercenadas sus facultades en provecho de los siervos y de la clase media, cada día más poderosos; el rol preponderante de la nobleza decaía; la fuerza pasaba, por debajo de ella, a las clases antes subalternas, y por encima, al Rey.

En los señoríos, los excesos de una codicia atrabiliaria acarrearba a los nobles resistencia y desprestigio; en la corte, su mayor cultura y su hábito de gobierno constituían prendas de útil consejo. Y era ahora la corte la dispensadora de prebendas y de aventuras.

El nombre simbólico de don Fortún, muerto muy joven, quedó así cubriendo el porvenir de don Alonso, recién nacido.

* * *

Sólo la corte podía asegurarlo; sólo los valimientos alcanzados por el recuerdo regio de las luces jurídicas de don Fortún; sólo el posterior acceso a la corte de la madre de don Alonso, a servir de guarda-damas de una Infanta; sólo el campo vasto de aventuras que ofrecían a una espíritu nacido aventurero las posesiones dilatadas y mal sujetas de la España Imperial.

El sol debía salir para don Alonso del lado de la aventura. La muerte de don Fortún había arrancado los cimientos del hogar estable de los Ercilla y Zúñiga. Allá en la costa, otras ramas de la familia habían quedado amparadas por preferente derecho tras de «los anchos muros del solar de Ercilla;» doña Leonor de Zúñiga, la madre, trataba de sujetar, para sustento de la familia huérfana, un señorío en tierra castellana, el de Bobadilla, pero fueron más débiles que las del jurista muerto las fuerzas de la viuda, y el señorío de origen materno se escapó también. Del lado de la aventura había de ascender el sol de don Alonso.

Y el primer resplandor del sol despuntó en el horizonte cuando él cumplía los quince años. El astro que entonces subía, como heraldo de la fortuna de don Alonso, era el Infante don Felipe, el mismo que, al final de una larga carrera, caería

en el horizonte cerrado de tormenta que don Alonso alcanzó también a contemplar.

Pero no ha llegado ese momento; don Felipe no es aún el extraño y temido monarca don Felipe II; es simplemente el Infante don Felipe. España es todavía la España imperial, y los tiempos siguen siendo de epopeya.

El Emperador estaba en Flandes, afianzando sus rebeldes dominios, y desde allí llamó al Infante, seis años mayor que Ercilla, con encargo dado al duque de Alba, portador del llamado, de organizar, en la forma brillante que exigían los usos de la corte de Borgoña, la casa de don Felipe. Llenáronse los cargos palaciegos con los nombres resonantes de la nobleza, y en el grupo de los pajes ingresaron, como dice Oviedo que era costumbre, en su libro de la Cámara Real, «los hijos de los grandes e principales caballeros de aquestos reinos». En el grupo lució su adolescencia don Alonso de Ercilla. Y partieron a Flandes.

¡Qué nombres, señores, los que entonces se codeaban! La escuadra que abría sus velas en Barcelona al soplo de las brisas del Mediterráneo llevaba en su torre de mando al más ilustre navegante guerrero de la época, el anciano piloto genovés Andrea Doria, señor temido de esos mares en los cuales había destruído a los turcos y desbaratado en otros tiempos a los propios españoles a cuyo monarca estaba ahora sirviendo. Las grandes ciudades italianas, que culminaron al salir de la Edad Media; el Austria, la Alemania, fueron la cinta que se desarrolló bajo los pasos de la regia comitiva. La compañía tutelar de doña Leonor de Zúñiga y la de sus hermanas no deben de haber bastado para desviar de don Alonso las primeras sonrisas femeninas que caerían sobre el grupo de los pajes, y sería ya galán experimentado cuando, tres años después, se encontraba de regreso en España.

* * *

El viento siguió soplando en las velas de Ercilla, y llega el momento en que el segundo enlace de don Felipe, ahora con la Reina María de Inglaterra, hace zarpar la nave de don Alonso desde un puerto de la misma costa cantábrica que los viejos Ercillas miraban desde su torre de Bermeo.

Los sueños imperiales del monarca español quebraban una vez más el ritmo ordenado de engrandecimiento que impri-

mieron a España los Reyes Católicos, y si don Carlos se hubiese acercado en ese instante a la esfera de cristal de algún agorero, habría podido mirar que el cortejo nupcial que desembarcaba en las islas británicas iniciaba la era fatídica de la rivalidad marítima y de la discordia religiosa, la ascensión de Gran Bretaña al predominio naval europeo, el desastre de la Armada Invencible y la consolidación definitiva del protestantismo anglo-sajón.

Don Alonso de Ercilla, en la edad del deslumbramiento, no pudo tampoco preocuparse de que en la esfera de cristal de la agorería empezaba ya a aparecer, tras el perfil de la novia católica, la enigmática figura de su sucesora Isabel, la enemiga jurada de Felipe y la vencedora de España y del Catolicismo.

De nuevo, no salgamos del momento; España continúa viviendo la epopeya; el Imperio se expande, la unidad interna se consolida, los bajeles siguen descargando el oro de las Indias en los puertos peninsulares, el sol no traspone nunca los dominios de Carlos V. Y don Felipe, el joven viudo, navega hacia el tálamo de los Tudores en una armada llena de la más alta nobleza, que lleva a la corte extranjera su mayor boato de telas y de joyas.

* * *

Es para el paje la hora de trocar las telas recamadas y la vida de alcobas y saraos, por las piezas de acero y el estampido de los arcabuces.

Por aquellos días, venía sonando en los oídos de Ercilla con extraña frecuencia el nombre de una lejana comarca desconocida, emplazada en las Indias, las tierras de contornos aun indefinidos. Quizás oyó por primera vez el nombre en la alta y desconcertante categoría de Reino, el Reino de Chile que Carlos V dió como jurisdicción a un Infante para que la corona del novio de la Reina de Inglaterra fuese también corona real.

Volvió a oír Ercilla el nombre cuando don Jerónimo de Alderete, el Adelantado que estuvo con Pizarro en la conquista del Perú y que se agregó en Chile a la expedición de don Pedro de Valdivia, llegó a Londres a pedir al Rey don Felipe II socorros para esa empresa.

Y lo oyó por último, mezclado a hechos sangrientos, cuan-

do la noticia de la muerte de don Pedro de Valdivia y del alzamiento triunfante de los indios araucanos movió al Rey don Felipe a despachar de nuevo a Chile, con cartas de Gobernador, al propio Adelantado de Alderete, que tanto conocía el país.

Y con don Jerónimo de Alderete partió a las Indias, soldado ya, el paje cortesano sobre cuya juventud veló la sombra de don Fortún.

* * *

La semilla de la epopeya venía sembrada en Ercilla; cualquier terreno la haría florecer. Eso explica el que pudiese dar la flor aun en el rincón más apartado de las Indias, en esta tierra chilena, largo tiempo desacreditada por la escasa recompensa que dió al esfuerzo de conquistadores valientes pero, al fin, segundones. Cuando no se está en el foco mismo de la luz, vale más estar lejos de él, pues no hay mayor obscuridad que la de esas zonas vecinas a la zona iluminada y en donde las pupilas entran cegadas todavía con el brillo que acaba de herirlas. Tal el caso de Chile, prolongación para descontentos de ese centro brillante que fué el Virreynato del Perú. La semilla épica de la Europa renacentista y de la España Imperial cumplió su ciclo de floración en el episodio heroico pero obscuro de la rebeldía araucana, tanto más obscuro cuanto estaba vecino el drama inmenso de los Incas y la tragedia de los Pizarros.

Y otro factor de origen psicológico pudo determinar, sin que el poeta lo percibiera, que fuese el suelo chileno el más apto para la musa épica de Ercilla. Llevamos todo hijo de hombre una memoria individual, la de nuestra experiencia y una memoria misteriosa de la raza, y en la sangre de don Alonso iba seguramente la nostalgia de la tierra vascongada, que no fué la que vieron sus ojos, pero que había sido, hasta don Fortún, el paisaje de los viejos Ercillas. Y aquí, en este retazo estrecho y largo, apoyado en una alta montaña contra la arremetida del mar, pudo surgir del fondo desconocido a la zona emocional del poeta la visión de la tierra vascongada, estrecha y larga también entre el mar bravío y la montaña. Y en el conquistador revivió entonces, por extraña paradoja, el sentido lejano de su raza, toda a la defensiva, y la historia de Vizcaya, toda de independencia. Y al vizcaíno que venía a

conquistar, los viejos vizcaínos le hicieron cantar, no tanto el heroísmo que atacaba, como la tierra y los pobladores que la defendían.

A aquella larga preparación por el ambiente europeo y a estas voces lejanas de la sangre de Ercilla debemos tal vez nosotros, los hijos de Chile, la colonia pobre y lejana, el que la más renombrada producción del genio épico español sea la historia de nuestros orígenes.

* * *

Estas páginas se iniciaron con la evocación de las doce estrofas finales de «La Araucana»; el Miserere cantado en esas estrofas nos trajo a considerar la vida del poeta, a colocarla en su auténtico marco de esplendor, y ahora, reconstituido el marco, queremos volver a la consideración del hombre inclinado sobre los papeles y enfilando los versos majestuosos de las doce octavas.

Queremos meditarle en el gesto de la pluma sobre la última cuartilla:

*Y yo que tan sin rienda al mundo he dado
el tiempo de mi vida más florido,
y siempre por camino despeñado
mis vanas esperanzas he seguido,
visto ya el poco fruto que he sacado,
y lo mucho que a Dios tengo ofendido,
conociendo mi error de aquí adelante,
será razón que llore, y que no cante.*

* * *

Fué en la primavera de 1589, dicen los historiadores; el sol implacable de Castilla comenzaba a abrasar las llanuras, pero en la estancia del poeta, caería débil desde algún alto ventanal. En un rincón, las lucecillas de una armadura todavía bruñida; sobre la mesa, la celada que protegió en los encuentros al poema naciente, y en el respaldo del sillón el hábito de Santiago.

En el tinte crepuscular de la estancia, el rostro alargado del poeta tomaría la lividez que el Greco le dió, si era suyo el retrato; la luz, como suele, se refugiaría sobre la frente an-

cha, y entraría en la sombra el alto cabello crespo que, descendiendo en óvalo del rostro, remataba en la aguda barba ensortijada. También los ojos debieron de recoger la luz, los ojos de mirar dulce y constante.

Había que recogerla; eran las últimas luces de la vida, eran ya las luces del recuerdo.

Por más que el sol empezara de nuevo a rebotar sobre los yermos y sobre la cal de los muros castellanos, para Ercilla y para España el crepúsculo caía. Se cerraba «La Araucana» y se había también cerrado la epopeya española. En otra estancia no muy distante, allá en la enorme parrilla del Escorial, el amo a cuyo servicio prestó Ercilla sus años de adolescencia y su valor de soldado, el Rey don Felipe II, sufría en llagas vivas los dolores de la enfermedad y los tormentos de extraviado fervor. El Imperio era un recuerdo; era otro recuerdo el poderío naval; Europa estaba llena ahora de potencias rivales; el comercio de España decaía.

* * *

Pero, todo es así, señores; sólo que Ercilla y ningún hombre se resignan a que sea así; el privilegio de alcanzar una cumbre no puede gozarse sino a trueque de contemplar el inevitable descenso; cuanto más alta la cumbre, más desconsolador el precipicio.

Cuatro siglos han corrido, y nosotros los hijos de la España de Ercilla y de Carlos V venimos a sustituir el himno de las miserias con que cerraba Ercilla su poema por el himno triunfal de la empresa española. Somos el fruto de Colón, de los Reyes Católicos, de los hombres de fierro de la Conquista, del poeta que la cantó. Somos hijos también, no lo olvidemos, de los defensores del suelo araucano, que Ercilla tuvo por dignos adversarios de sus hechos de soldado y de los rasgos de su pluma.

Toda epopeya termina; no nos desanime verla en Ercilla terminada; pensemos que la raza española la vivió y que, antes de ella, fueron muy pocas las razas de la humanidad que la vivieron y pudieron cantarla.

Y pensemos que las razas y las naciones son lo que son y son también lo que fueron. Por lo que es y por lo que fué, España es grande, y honrémonos una vez más de llevar la sangre de la Raza.